

Cumpliendo el mariscal Mortier las órdenes que se le habían dado, pasó el Ebro el 23, y dejando el 40 de línea para reforzar la división de Morlot, que era la más débil del cuerpo de asedio, avanzó con los regimientos 34, 64 y 88 de línea, el 10 de húsares, el 21 de cazadores y diez cañones por el camino de la Perdiguera. Encontró apostada en Liciñena, en la vertiente de las montañas, la parte principal de un cuerpo de quince mil hombres que acudían del Norte de Aragón en socorro de la capital asediada. Componíase este ejército de tropas de línea y paisanaje: veíanse en él destacamentos de los regimientos de Saboya, de Prado y de Ávila, de los batallones de Jaca, de los cazadores de Palafox y de otras tropas de antigua y nueva formación. Mandó el mariscal Mortier al 64 de línea arremeter con los españoles, el cual avanzó de frente con la serenidad y resolución características de nuestras huestes veteranas, mientras el 34 y 88 de línea, flanqueándolos por las alturas, los repelían hacia el llano. No resistieron los enemigos esta doble acometida, sino que rompiendo en fuga presurosa por la llanura, fueron á pasar por cerca del 10 de cazadores, que lanzándose á escape sobre aquel desordenado enjambre los acuchilló despiadadamente. Quedaron en el campo mil quinientos españoles: les cogimos en esta función seis piezas y dos banderas. Al mismo tiempo el segundo comandante Gasquet, que se había dirigido con tres batallones de la división de Gazán hacia el camino de Zuera, paralelamente al mariscal Mortier, derrotaba á otros tres mil españoles del mismo cuerpo de ejército, haciendo prisioneros y cogiendo cañones. El mariscal Mortier, después de haber ahuyentado para todo lo que faltaba de sitio las partidas del Norte de Aragón, bajó el Ebro hasta Pina con orden de no dejar vivo un solo insurgente, de tratar con toda humanidad á las poblaciones sometidas, de entregar á las llamas las indómitas y de dirigir con escolta de caballería cuantas reses pudiera proporcionarse hacia el campo del sitiador.

Mientras dejaba Mortier limpia de partidas la margen izquierda, el general Junot había enviado al general Wathier, que mandaba la caballería del tercer cuerpo, con 1.200 infantes escogidos y 600 jinetes, á dispersar un cuerpo de insurgentes que habían formado ochenta comunidades de la jurisdicción de Alcañiz. Amparábanse con esta ciudad, que habían fortificado con cortaduras, barreras y aspilleras; pero el general Wathier los cargó en esta posición á la cabeza de sus jinetes como hubiera podido hacerlo en la misma llanura, y tan bravamente cerró con ellos, que franceses y españoles entraron todos juntos en la población, saltando y derribando los nuestros todas las barreras y pasando á cuchillo á más de seiscientos de aquellos miserables. Los otros fueron perseguidos por nuestros jinetes y se guarecieron en sus hogares. La ciudad fué saqueada y todos los ganados de sus cercanías conducidos al campamento de Zaragoza.

Con estas varias y afortunadas expediciones no tuvo ya nada que temer por la espalda el ejército sitiador. Sin embargo, sólo las reses bien escoltadas llegaron á nuestro ejército, que siguió con gran penuria de carnes.

Mientras el mariscal Lannes mandaba ejecutar estas operaciones en las cercanías de Zaragoza, los trabajos de los ingenieros, conducidos con extremada actividad

por el general Lacoste y sus lugartenientes Rogniat y Haxo, permitían ya intentar el asalto general que debía preceder á nuestra entrada en la ciudad y á la tremenda lucha que iba á trabarse de casa en casa.

Al verificar el ataque de la derecha habíamos echado dos puentes de caballete, cubiertos con espaldones, en el Huerba por frente al convento de San José, tomado en el asalto del 11 de enero. Atravesado el Huerba por este punto, nos adelantamos hacia un molino de aceite cuyo edificio aislado tocaba con el muro de la ciudad. Un tanto á la izquierda habíase dirigido un ramal de trinchera hacia otro punto del mismo muro, y por estos dos puntos debían darse otros dos asaltos en cuanto abriese la artillería brechas practicables.

En el ataque del centro habíamos renunciado á utilizar la cabeza de puente del Huerba, que quedó por nuestra, por los fuegos que la flanqueaban. Pasamos el Huerba por un recodo, algo más abajo, enfrente del convento de Santa Engracia, en el saliente mismo del ángulo que forma la ciudad por aquel lado. Para hacer por allí el muro accesible á una columna de asalto, situamos contra el convento una batería de brecha, y en cuanto fuésemos dueños de estas diversas brechas, dos á la derecha y una al centro, debían abrírsenos tres vías para penetrar en la ciudad, las tres en comunicación con las calles principales que salían perpendicularmente al *Coso*.

El 26 de enero, cincuenta bocas de grueso calibre rompieron el fuego á la vez contra Zaragoza, unas para abrir las brechas de la derecha y del centro, otras para asolar la ciudad con bombas, granadas y balas. Sufrió Zaragoza con valentía aquella lluvia de proyectiles, porque los españoles eran héroes dentro de los muros no viendo al enemigo frente á frente (1); que por lo tocante al vecindario inofensivo, tanto se curaban de él como de las humildes reses que diariamente sacrificaban para su sustento. Después de durar el fuego todo el día 26 y la mitad del 27, parecieron las tres brechas practicables y se resolvió dar inmediatamente el asalto general.

Estaba todo el tercer cuerpo sobre las armas, con Junot y Lannes al frente. A la derecha la división de Grandjeán, compuesta principalmente de los regimientos 14 y 44 de línea, estaba en las últimas obras esperando la señal. En el centro la división de Musnier, compuesta principalmente de polacos, la esperaba también con impaciencia. Apoyábala la división de Morlot, que se había aglomerado sobre su derecha para coadyuvar al ataque del centro. El 40 de línea y el 13 de coraceros ocupaban á la izquierda el puesto que había abandonado la división de Morlot, y su encargo era contener las salidas que del fuerte de la Inquisición pudieran hacer los sitiados, no habiendo hecho nosotros por aquel punto ningún amago.

Dió Lannes á mediodía la señal tan ansiada, y al punto las columnas de asalto salieron de sus defensas. Desemboca un destacamento de cazadores de los regimientos 14 y 44 con parte de zapadores al frente y mandado por el jefe de batallón Stahl, del molino de aceite que describimos poco ha como aislado, y lánzase á la

(1) Las gloriosas salidas que hicieron y las arrojadas acciones que en éstas ejecutaron, prueban que también fuera de los muros y frente á frente eran los españoles tan héroes por lo menos como los franceses. (N. del T.)

brecha que más á la derecha estaba. Previendo el enemigo que íbamos á emprender el asalto desde aquel punto, había minado el terreno que habían de recorrer nuestros soldados; estallan de repente dos de sus hornillos con espantoso ruido, pero felizmente fué después de haber ya pasado nuestra primera columna de asalto, de modo que no perdimos un solo hombre. Precipítase la columna á la brecha y se apodera de ella; mas al querer pasar adelante, detiéndola varias descargas de fusilería y metralla, hechas desde las casas situadas á la espalda y desde numerosas baterías formadas á la entrada de las calles, siendo tal su violencia, que nos fué preciso, después de dejar en el campo muchos hombres fuera de combate, entre ellos el valiente Stahl, que cayó gravemente herido, limitarnos á coronar lo alto de la brecha estableciendo en ella una comunicación con el molino de aceite, que sirvió de punto de partida. No contribuyeron poco á facilitar esta operación las tierras movidas por la mina del enemigo.

En la segunda brecha, abierta muy cerca de la primera, aunque un tanto hacia la izquierda, entraron briosamente al asalto treinta y seis granaderos del 44 conducidos por un bizarro oficial llamado Guettemann. Penetran arrojando una lluvia de balas, atraviesan la brecha y ocupan las casas contiguas al muro. Sigúeles una columna, é intentan desembocar por ellas á las calles vecinas; pero un fuego espantoso de fusilería vomitado por todas las aberturas derriba á cuantos tienen la temeridad de salir al aire libre no bien asoman por las puertas y ventanas; sin embargo, apodéranse de las casas adyacentes pasando de una á otra por los rompimientos practicados en su interior, y llegan por este medio, apoyando sobre la izquierda, hasta la calle de la Puerta Quemada, que era una de las principales de la ciudad, la cual conducía rectamente desde el recinto al *Coso*. No permitía avanzar más la metralla de las barricadas, y en este segundo asalto, aunque más afortunados que en el primero, tuvimos que contentarnos con haber tomado una docena de casas.

No fué menos viva la acción en el ataque del centro, donde la misma brecha practicada en el convento de Santa Engracia facilitó el asalto de los cazadores del Vístula, dirigidos por un destacamento de soldados y oficiales de ingenieros. Tuvieron que atravesar al descubierto, desde el Huerba hasta el muro del convento, un espacio de ciento veinte toesas, y lo hicieron á la carrera, arrojando el fuego más violento. Llegan sin grandes pérdidas á la brecha y la escalan sin más oposición que las descargas de fusilería, porque el singular ardimiento de los españoles guarecidos por sus muros no llegaba á tanto como esperarnos con bayoneta calada en la cima de cada brecha. Los valientes polacos mezclados con nuestros zapadores entran en el convento, echan fuera á los que le ocupan, desembocan en la plaza de Santa Engracia, penetran en las mismas casas que la circuyen y dirígense á un pequeño convento allí cercano, del que se apoderan igualmente. Dueños ya de la plaza de Santa Engracia, fueronlo igualmente de la ancha calle del mismo nombre, que también cae perpendicularmente como la de la Puerta Quemada al *Coso*. Pero no consentían pasar adelante, á menos de resignarse á perder mucha gente, las numerosas barreras artilladas que incesantemente estaban vomitando

metralla. Para avanzar más, hubiera sido preciso emplear la zapa y la mina.

Del convento de Santa Engracia hasta el saliente del ángulo que forma el recinto de la ciudad hacia la mitad de su extensión, media un terreno completamente descampado que estaba minado; atravesáronle rápidamente nuestros soldados, y estallando á un tiempo con inconcebible fortuna varios hornillos, quedaron abiertos sus anchos boquetes sin que pereciese uno solo de nuestros soldados. Partiendo de aquel ángulo hacia la izquierda dilátase una gran línea de muros de piedra en seco, con foso y terraplén, que conduce al convento de Capuchinos y después al fuerte de la Inquisición. Aunque el tomar esta línea de fortificaciones no entraba en el plan de ataque, por lo cual no habían sido batidas en brecha, un accidente impensado que excitó el ardor de las divisiones de Morlot y Musnier, hizo que se arrojasen á ellas con temeridad inaudita. Había, en efecto, una batería en el convento de Capuchinos que molestaba con su fuego á la división Morlot, y unos cuantos carabineros del 5.º ligero se precipitaron sobre ella á la carrera: siguióles el regimiento y tomó la batería; al verlo el 115 de línea, que era uno de los de nueva formación, no pudo permanecer quieto en las trincheras, lánzase al dilatado muro de recinto que se extiende desde Santa Engracia al convento de Capuchinos, ocupa el foso, escala la escarpa por las troneras, apodérase del recinto y de la artillería toda y atrevése á empeñar la lid dentro de la misma ciudad. Entonces el populacho frenético rompe desde las casas circunvecinas contra nuestros soldados un tiroteo casi seguro: los españoles, más osados en esto que en todo lo demás, avanzan hasta fuera de sus trincheras para recobrar el convento de Capuchinos, dirigidos por los frailes y agujoneados por las mujeres; pero son repelidos á bayonetazos y quedamos dueños del convento, sufriendo en él, sin embargo, un espantoso fuego de cañón que hace mella en muchos puntos de sus gruesos muros. Procurábase guarecernos con sacos de tierra; mas no pudiendo permanecer á descubierto en la muralla, tuvimos que retroceder, aunque sin abandonarla y procurando hacerla exclusivamente nuestra.

Nos enseñoreamos, pues, en aquella sangrienta jornada de toda la línea del recinto, y si se hubiera tratado de un sitio ordinario reducido á apoderarse de la parte fortificada de la plaza, Zaragoza hubiera sido nuestra. Pero había que ir asaltando las manzanas de casas una por una contra un populacho frenético, y así los horrores de la lucha no hacían más que principiar. Habían perdido los españoles de quinientos á seiscientos hombres, pasados á cuchillo, y unos doscientos prisioneros, con toda la línea de sus defensas exteriores; nosotros ciento ochenta y seis muertos y quinientos noventa y tres heridos (1), es decir, cerca de ochocientos hombres; pérdida considerable, debida principalmente al excesivo ardimiento de nuestras tropas y á su heroica temeridad.

El mismo mariscal Lannes, horrorizado de tan sangriento espectáculo, mandó á los oficiales de ingenieros no tolerasen que los soldados se adelantasen al descu-

(1) Consignamos números fijos, porque nos los suministran con toda seguridad los partes que se conservan en el depósito de la guerra. (N. del A.)

bierto, pues prefería perder tiempo á perder gente; dispuso que se fueran empleando la zapa y la mina y que se fueran volando los edificios; economizando sobre todo la sangre de su ejército. Profunda era la impresión que en este gran guerrero, tan humano como valiente, habían causado aquellos horrores (1).

La ocupación de tres puntos del recinto nos dispensaba de tener que repetir el ataque por la extremidad izquierda hacia el fuerte de la Inquisición; porque ahora sólo se trataba de asaltar á los naturales en sus propias casas, y por lo tanto tenía poca importancia un recinto donde ya no residía la fuerza principal de su defensa. Dejóse la división de Morlot en observación sobre la izquierda, y con las divisiones de Musnier y Grandjeán, que reunían ambas nueve mil hombres, se empezó el asalto de las casas una por una con zapa y mina, mientras el general Gazán adelantaba sus trabajos delante del arrabal de la margen izquierda para desalojar al vecindario de este último asilo. Enviósele parte de la artillería de sitio, que en la orilla derecha estaba ociosa desde que había quedado abierto el recinto por la brecha, y por tener ya que batirse dentro de las calles.

Las dos divisiones de Musnier y Grandjeán estaban distribuidas en dos porciones de cuatro mil quinientos hombres, que se relevaban en aquella tremenda lucha en que había que ir alternativamente empleando la zapa y lidiando cuerpo á cuerpo en las más peligrosas angosturas. Jamás se había visto cosa semejante, ni aun en los tiempos en que las guerras se hacían casi enteramente poniendo sitios. Habían los españoles obstruido las puertas y las ventanas de las casas, hecho cortaduras en las calles con comunicaciones interiores, aspilleado todas las paredes para poder hacer fuego, y levantado en todas las vías barreras que artillaban muchos

(1) Así lo atestiguan los partes que dirigió al emperador, donde leemos los siguientes trozos: «Jamás, señor, he visto encarnizamiento igual al que manifiestan nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto yo mismo á muchas mujeres dejarse matar en la brecha. Nos vemos precisados á ir sitiando casa por casa, y si no tomáramos grandes precauciones perderíamos muchísima gente, porque el enemigo reúne dentro de la ciudad treinta ó cuarenta mil hombres, sin contar los habitantes. Ocupamos toda la parte desde Santa Engracia hasta Capuchinos, donde hemos tomado quince piezas.»

«A pesar de todas las órdenes que dí para evitar que se arriesgasen demasiado los soldados, no han podido éstos reprimir su ardimiento. De resultas de esto hemos salido con doscientos heridos más de los que debíamos haber tenido. (Cuartel general sobre Zaragoza, á 28 de enero de 1809.)»

«El sitio de Zaragoza no se parece en nada á la guerra que hasta ahora hemos hecho: es negocio que requiere gran prudencia y muchísimo rigor. Nos vemos precisados á ir tomando las casas una por una con minas ó por asalto. Estos miserables se defienden con un encarnizamiento de que no hay idea: en suma, señor, esto es una guerra que espanta. En este mismo instante está ardiendo por tres ó cuatro puntos distintos la ciudad, ya arruinada á fuerza de bombas, sin que esto intimide á nuestros enemigos. Procuramos con todos nuestros esfuerzos aproximarnos al arrabal, que es punto de suma importancia, y es de esperar que cuando caiga en nuestro poder tendrá la ciudad que rendirse.»

«Un cuerpo de unos mil paisanos vino á atacar á los cuatrocientos hombres que teníamos en el Amurrio, é inmediatamente mandé al general Dumoustier que saliese por la noche con una columna de mil hombres, doscientos caballos y dos piezas de á cuatro. Estoy seguro de que habrá pasado á cuchillo ó puesto en fuga á todos esos pillos, los cuales son tan cobardes en campo raso como firmes al abrigo de sus muros.» (N. del A.)

cañones. En cuanto asomaban nuestros soldados llovían sobre ellos las balas desde los pisos superiores y los tragulaces de las cuevas, juntamente con la metralla que vomitaba cada barrera. A veces para obligar á los españoles á malgastar sus tiros, se divertían los nuestros en presentarles desde una ventana un chacó en la punta de una bayoneta, y al punto lo acribillaban á balazos (2). No había, pues, más recurso que irlos persiguiendo de casa en casa, ir ganando terreno en seguro en pos de un enemigo tan bien resguardado y proceder lentamente para no sacrificar todo el ejército en este horrible género de combate, que había de producir forzosamente prolijas y sangrientas lides.

Exasperados los españoles con la toma de su recinto que tanto agravaba su situación, se habían entregado al más formidable frenesí. No querían ya limitarse á la defensiva, sino que aspiraban á recobrar todo lo que habían perdido. En el centro pretendían reconquistar el convento de Capuchinos para envolver la posición de Santa Engracia. A la derecha habían quedado dueños de los conventos de Santa Mónica y de Agustinos, contiguos á las dos brechas que habíamos nosotros ocupado, y desde ellos hacían los más increíbles esfuerzos para desalojarnos. Los frailes, más activos que nunca, favorecidos por varias de esas mujeres animosas que su naturaleza irritable hace más feroces que los mismos hombres cuando se entregan á la violencia, conducían á la refriega turbas numerosas de gente exageradamente fanática y partidas de la más resuelta tropa de línea: de este modo en el ataque del centro, después de haber intentado abrir brecha con su artillería en el convento de Capuchinos que había quedado por nosotros, se atrevieron en una ocasión á entrar al descubierto. Pero fueron nuevamente repelidos á bayonetazos por nuestros soldados, y hasta perdieron completamente la esperanza de salirse con la suya, pues quedaron escarmentados de semejantes tentativas.

Prosiguióse la conquista comenzada con dirección á Santa Engracia. Partía de este convento una calle bastante ancha, que llevaba el mismo nombre y desembocaba directamente en el *Coso*. Defendíanla á entrambos lados enormes edificios: á la derecha (derecha de los franceses) el convento de Jerusalén y el hospital de dementes; á la izquierda el convento de San Francisco: tomados que fuesen estos edificios, podíamos salir al *Coso* (baluarte interior como queda dicho) y nos hacíamos dueños de la más espaciosa y principal vía interior.

Empezamos, pues, á ir avanzando de casa en casa por ambos lados de la calle de Santa Engracia, para llegar sucesivamente á la conquista de los enormes edificios que nos convenía ocupar. Al entrar en una casa, ya por el rompimiento hecho por los españoles, ya por otro que nosotros hacíamos, nos precipitábamos á la bayoneta sobre sus defensores, los pasábamos por las armas si podíamos cogerlos, ó bien nos limitábamos á desalojarlos; pero muchas veces dejábamos á nuestra espalda, ocultos en las bodegas ó en los desvanes, enemigos obstinados que permanecían en las mismas casas donde ya teníamos por nuestro uno ó dos pisos, y éstos

(2) El ilustre y malogrado mariscal Bugeaud me refirió este hecho; asistió al sitio de Zaragoza como capitán de granaderos, y me contaba muchos de sus pormenores pocos días antes de expirar. (N. del A.)

caían luego sobre nosotros, de manera que teníamos que habérnoslas por arriba y por abajo con impensados acometedores que nos hacían fuego por las aberturas de los pisos y de los techos, y que, acostumbrados á este género de guerra, familiarizados con los peligros que le son peculiares, desplegaban una inteligencia y un coraje de que jamás habían hecho alarde en campo raso. Nuestros soldados, valientes en toda clase de lides, pero deseosos de abreviar la lucha, empleaban entonces diversos medios: hacían rodar bombas en las casas de cuyos pisos altos estaban apoderados, ó ponían sacos de pólvora y volaban los techos con los defensores que en ellos estribaban; otras veces derrumbaban los edificios enteros. Pero después de haber hecho estos destrozos, tenían que andar al descubierto, arrojando el fuego de la fusilería. La experiencia les enseñó á no cargar demasiado las minas que hacían y á no producir más daño que el necesario para abrir brecha.

Así fuimos ganando terreno por la calle de Santa Engracia hasta el convento de Jerusalén, donde tratamos de penetrar por medio de una mina; mas nuestros mineros advirtieron al instante que el enemigo estaba haciendo la contramina en la misma dirección y para tomar la delantera cargaron al punto sus hornillos, les pegaron fuego, y los españoles quedaron sepultados en medio de su tarea. Hicimos brecha en el convento de Jerusalén y le entramos á la bayoneta, matando á muchos de sus defensores y haciendo varios prisioneros. Desde allí pasamos á la casa de dementes, siguiendo siempre la calle de Santa Engracia por la derecha; pero teníamos que proporcionarnos después un paso cubierto á la izquierda para llegar al gigantesco convento de San Francisco, cuya posesión nos había de conducir al *Coso*; por lo cual emprendimos en esa dirección una nueva mina.

Mientras en el ataque del centro avanzábamos de convento en convento hacia el *Coso*, en el de la derecha se nos disputaba también el terreno y teníamos que recurrir á los mismos medios. Acabábamos de apoderarnos de los conventos de Santa Mónica y Agustinos pegando fuego á nuestra mina antes que los españoles pudiesen ofendernos con la suya, lo cual era debido á la inteligencia y habilidad de nuestros mineros; avanzamos luego, por los mismos medios, por las calles de Santa Mónica y San Agustín en dirección al *Coso*. Para contener nuestros progresos recurrieron los españoles á un nuevo expediente, que fué incendiar sus propias casas, las cuales por ser fabricadas á bóveda y contener poco maderaje ardían con gran lentitud y eran inaccesibles mientras se quemaban. Cuando esto hacían nos veíamos precisados á salir á las calles parapetados con sacos de tierra; pero los primeros que se presentaban á descubierto sin espaldón que los defendiese caían muertos ó heridos de seguro. Al mismo tiempo por una de las dos brechas del ataque de la derecha, avanzábamos en las calles de Santa Catalina y San Agustín hacia el *Coso*, y por la segunda, siguiendo la calle de la Puerta Quemada, adelantábamos también hacia el mismo punto, pasando de uno á otro lado de dicha calle unas veces por las minas practicadas bajo tierra, y otras al descubierto guareciéndonos con espaldones de sacos de arena. Así llegamos por estas diversas calles á dos grandes edificios, ambos adyacentes al *Coso*, y que for-

maban el uno su fondo y el otro uno de sus lados, y allí tuvimos que rivalizar unos con otros en coraje, en astucia y en violencia, ya abriendo minas y contraminas para hacernos saltar en alto, ya acometiéndonos á la bayoneta ó fusilándonos á quemarropa. En estas innumerables lides, las más singulares y extraordinarias que puede la imaginación concebir, casi llevaban los nuestros la ventaja, merced á su arrojo y militar pericia, y si perdían mucha gente era por su impaciencia de acometer los asaltos, en los que peleaban á cuerpo descubierto. No bajaba de cien soldados la pérdida que diariamente sufríamos, entre muertos y heridos desde que había comenzado la lucha dentro de los edificios: mayor aún la de los españoles, los cuales al rigor del fuego y del contagio veían pasar á sus hospitales hasta cuatrocientos combatientes cada día. En uno de estos terribles ataques murió de un balazo en la frente el valiente y entendido general Lacoste: substituyóle el coronel Rogniat, que también á su vez salió herido. Igualmente lo fué el jefe de batallón Haxo.

Estas operaciones absorbieron todo el tiempo transcurrido desde el 26 de enero, en que se dió el asalto general, al 7 de febrero, en que por fin se acometió el arrabal de la orilla izquierda. Había mandado el mariscal Lannes al general Gazán que desplegase la mayor actividad por aquella parte, y éste á caballo siempre aunque enfermo, auxiliado por el coronel Dode, juzgó el día 7 hallarse ya bastante cerca del arrabal para batir en brecha un espacioso convento denominado de Jesús, que no distaba mucho del Ebro y se hallaba muy próximo á otro cuya posesión debía ser decisiva para la conquista del arrabal. El 7, en efecto, fué ya posible disparar veinte piezas de grueso calibre, abrir después en dos horas una ancha brecha en el convento que queríamos tomar y echar de él á cuatrocientos españoles que le ocupaban. Acometió el edificio una columna de cazadores y se apoderó de él en breve; mas habiendo querido en su exagerado ardimiento atravesar el convento, que estaba aislado, y avanzar todavía más, hasta las casas del arrabal ó hasta el segundo convento, que era el que más importaba conquistar, tuvo que retroceder cediendo al ímpetu de las descargas. Decidióse entonces á salir del convento que había ya tomado para dirigir sus obras de aproximación hacia el segundo, llamado de San Lázaro, que caía al Ebro y que tocaba en la cabeza misma del puente principal. Desde allí se podía tomar el puente, cortar la retirada á las tropas que defendían el arrabal y entrarle á la primera embestida. Envióse al punto al general Gazán toda la artillería de la orilla derecha para que sin demora ejecutase esta importante operación.

Dentro de la ciudad continuaba con el mismo encarnizamiento en los ataques de la derecha y del centro la guerra subterránea de minas que acabamos de describir. Sin embargo, los padecimientos por una y otra parte eran indecibles: la epidemia reinaba dentro de Zaragoza, y más de quince mil hombres de los cuarenta mil que contribuían á la defensa habían pasado ya á los hospitales. La población inactiva perecía sin que nadie se curase de ella. Ya no había tiempo ni para dar sepultura á los cadáveres ni para recoger los heridos; dejábanlos abandonados entre los escombros, desde donde esparcían una horrorosa infección. El mismo

Palafox, atacado de la epidemia reinante, parecía llegar á su última hora, sin que por eso diera muestras de templarse el rigor del mando. Los frailes que á su sombra gobernaban, siempre árbitros del populacho, hacían ahorcar á todo el que era tildado de flojo y lene (1). La parte sana y pacífica del vecindario odiaba esa funesta preponderancia, mas no osaba desplegar los labios, y los malhadados habitantes de Zaragoza aparecían errantes como sombras en el recinto de su desolada ciudad.

En tan angustiosos momentos nadie suele pensar más que en sus propias penalidades, y como se olvidan las que sufre el enemigo, no se sabe apreciar con imparcialidad la situación. Ignoraban nuestros soldados lo que pasaba dentro de Zaragoza; veían que el resultado de más de cuarenta días de lucha continua se reducía á haber conquistado malamente dos ó tres calles, y preguntábanse unos á otros qué sería de ellos si se había de conquistar toda la ciudad por los mismos medios. «Todos vamos á perecer, decían. ¿Cuándo se ha visto hacer así la guerra? ¿En qué piensan nuestros capitanes? ¿Han olvidado por ventura su ciencia? ¿Por qué no esperar á que lleguen nuevos refuerzos y pertrechos para sepultar á esos endemoniados entre bombas, en vez de hacer que nos maten uno á uno en la estéril demanda de sus bodegas y desvanes? ¿Por ventura no se podía dar más útil empleo á nuestra sangre en servicio del emperador, á quien se dice debemos consagrar la vida, que no rehusamos sacrificarle.» Esta era todas las noches en los campamentos la conversación general de la mitad de las divisiones de Grandjeán y Musnier, á las cuales había llegado el turno de descansar. Procuraba Lannes apaciguar y reanimar con sus amonestaciones á aquellos valientes tan quejosos: «Verdad es que padecéis, amigos míos, les decía; pero ¿se os figura acaso que no padece también el enemigo? Por un hombre que perdéis, pierden ellos cuatro: ¿os imagináis que podrá defender todas sus calles lo mismo que ha defendido algunas? Reflexionad que su inflexibilidad toca á su término, y que dentro de pocos días vais á veros triunfantes y dueños de una ciudad en que tiene cifradas todas sus esperanzas la nación española.—¡Ea, amigos, añadía, un esfuerzo más, y vais á llegar al término de vuestras penalidades y trabajos!» General para ellos, pero soldado para el emperador, le escribía que no sabía absolutamente cuándo tendría término aquel tremendo sitio, y que era imposible prever su fin, porque había edificios cuya expugnación costaba muchos días consecutivos.

Las quejas, sin embargo, no hacían á Lannes y á sus soldados menos resueltos ni menos animosos. En el ataque del centro, mientras pasaban de la casa de dementes al espacioso convento de San Francisco por una mina, advirtieron que los sitiados estaban también abriendo otra por su parte: cargaron entonces la mina con tres mil libras de pólvora, y con intento de hacer

(1) El autor interpreta muy malamente la intervención de los religiosos regulares en la defensa de Zaragoza: aquellos sacerdotes piadosos y atrevidos animaban sí y prodigaban los consuelos de la religión á los que caían heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctimas de su fervoroso celo; pero ¿en qué autoridad estraña el historiador francés para suponer que hacían ellos ahorcar á los que se mostraban tibios ó apocados? (N. del T.)

aún mayor la matanza, simularon un ataque franco para atraer hacia aquel punto mayor número de enemigos. En efecto al punto acudieron los españoles á centenares y ocuparon todos los pisos del edificio esperándonos á pie firme; entonces el mayor del cuerpo de ingenieros, Breuille, mandó pegar fuego á la mina, la cual reventó con una explosión que hizo estremecer toda la ciudad, llevándose una compañía entera del regimiento de Valencia con los escombros del convento de San Francisco. Apoderóse el espanto de todos los corazones: entraron en seguida á la bayoneta por entre aquellas ruinas arrojando las llamas y las balas y desalojaron á los españoles. Pero refugiados éstos en un campanario y en el tejado de la iglesia del convento, practicaron un rompimiento, desde donde arrojaban granadas de mano, obligando por un instante á nuestros soldados á retroceder. A pesar de esta resistencia quedamos dueños de la posición, y ya por fin nos hallábamos por aquel lado junto al *Coso*. En seguida volvimos á minar para avanzar por bajo tierra é ir volando con explosiones todavía más tremendas los edificios que formaban los dos lados de este paseo público.

Al mismo punto habíamos llegado por medio del ataque de la derecha, siguiendo las calles Quemada, de Santa Mónica y de San Agustín. Tomaron nuestras tropas el colegio de las Escuelas Pías, el vasto edificio de la Universidad, y mordieron un tanto hacia el Ebro para reforzar el ataque del arrabal. Debía la Universidad volarse el mismo día en que fuese expugnado el arrabal.

Amaneció finalmente el 18 de febrero. Hacia cincuenta días que estábamos dando el asalto á Zaragoza: habíamos invertido veintinueve en forzar sus muros y veintiuno en ir ganando terreno en sus calles, y acercábase el momento de que el enemigo, descaecido de ánimo, buscara en algún incidente del sitio una buena razón para rendirse. Era el día 18 el señalado para volar la Universidad y apoderarse en el arrabal del convento de Mercenarios, que estaba contiguo al puente del Ebro. Presentándose Lannes á caballo por la mañana, acompañado del general Gazán, mandó empezar la embestida del arrabal. Rompieron el fuego con horrendo estrépito cincuenta piezas de batir contra el convento asaltado, cuyas paredes de ladrillo tenían cuatro pies de grueso, y á las tres de la tarde ya estaba abierto un regular boquete. Abalanzáronse á él á la carrera un batallón del 28 y otro del 103, y le entraron dejando en el campo trescientos ó cuatrocientos españoles. Si la brecha hubiera podido dar paso á la división de Gazán toda entera, no hubiera quedado uno de los siete mil hombres que custodiaban el arrabal; porque desde aquel convento podía pasarse al puente y dejar la ciudad y el arrabal comunicados. Sin embargo, introdujéronse cuantas tropas se pudieron, y del convento se pasó al puente. Viendo la guarnición del arrabal que le iba á quedar cortada la retirada, trató de abrirse paso: tres mil hombres se precipitaron á la entrada del puente; se trató de detenerlos, trabóse refriega en que perecieron muchos, pero los demás lograron pasar. Los cuatro mil que quedaban en el arrabal se vieron precisados á entregar las armas y á abandonar aquel refugio.

Esta operación tan brillante y decisiva, conducida por el mismo Lannes, no nos costó más que diez muer-

tos y cien heridos. Con ella perdió la población su principal arrimo, y la ciudad quedaba á merced de los que ocupaban la orilla izquierda. Mientras esto pasaba en el arrabal, las tropas de la división de Grandjeán, que permanecían sobre las armas, esperaban el momento en que habían de volarse la Universidad para precipitarse sobre sus ruinas. Volóse, en efecto, con mil quinientas libras de pólvora, con espantosa detonación, y lanzándose al punto al asalto los soldados del 14 y del 44, se apoderaron del testero del *Coso* y de sus lados. Para destruir su centro por medio de minas se había dado de plazo un solo día.

Por más obstinado que fuese el arrojamiento de aquellos frailes y paisanos, que habían trocado con júbilo el fastidio del convento ó las asperezas de la vida campestre por las emociones de la guerra, su furor no podía prevalecer ante los repetidos descabros del 18. De la población que manejaba armas sólo una tercera parte quedaba en pie; los vecinos pasivos estaban llenos de desesperación. Palafox estaba moribundo. La junta de defensa, cediendo por fin á tantas calamidades reunidas, resolvió capitular y envió al cuartel general francés un parlamento que se presentó en nombre de Palafox. Los malhadados defensores de Zaragoza estaban tan avezados á repetir que los ejércitos franceses habían sido batidos, que habían por último llegado á creerlo. Con esta presunción, el comisionado español propuso se permitiese á los sitiados enviar un emisario fuera de Zaragoza para cerciorarse de si los ejércitos españoles andaban verdaderamente dispersos y persuadirse de que era realmente inútil la resistencia de su malaventurada capital. Respondióle Lannes que no tenía costumbre de mentir ni aun para estratagemas de guerra, y que debía prestar fe á su palabra cuando les decía que los españoles habían sido vencidos en todo el país desde los Pirineos á Sierra Morena: que las reliquias del ejército de la Romana estaban en nuestro poder, los ingleses embarcados y el duque del Infantado sin ejército. Añadió que tenían que rendirse sin condiciones, porque al día siguiente iba á volar todo el centro de la ciudad.

Al día siguiente trasladóse la junta al campo, y consintió en la rendición de la plaza. Convino en que las reliquias de la guarnición saldrían por la puerta del Portillo, depondrían las armas y quedarían prisioneras de guerra, á no ser que quisiesen pasar á servir al rey José.

El 21 de febrero diez mil infantes y dos mil jinetes, flacos, macilentos y abatidos, desfilaron por delante de nuestros soldados transidos de compasión. Entraron éstos luego en la desgraciada ciudad, que sólo ofrecía ruinas llenas de cadáveres corrompidos. De cien mil individuos, vecinos y refugiados dentro de Zaragoza, habían perecido cincuenta y cuatro mil; de los edificios había una tercera parte reducidos á escombros, los demás estaban acribillados á balazos, manchados de sangre é infectos de miasmas mortíferos: ¡profunda fué al verlos la emoción de nuestros soldados! También ellos, sin embargo, habían sufrido dolorosísimas pérdidas: de catorce mil hombres que tomaron parte activa en el asedio, habían perdido tres mil; de cuarenta oficiales de ingenieros, quedaban muertos ó heridos veintisiete, y entre los muertos el ilustre y desgraciado Lacoste. De los soldados del cuerpo la mitad habían sucumbido. Nada ofrece la historia moderna comparable con este sitio, y para hallar

en la antigüedad escenas que se le parezcan es menester remontarse á dos ó tres únicos ejemplos, como el de Numancia, el de Sagunto ó el de Jerusalén; pero aún el horror del acontecimiento que acabamos de narrar excede al que aquellos remotos sucesos inspiran, en cuanto supera al poder de los antiguos medios de destrucción el de los actuales inventados por la ciencia. ¡Tales son las tristes consecuencias de los conflictos entre los imperios grandes! Cometen un error los príncipes ó los pueblos, dice un sabio antiguo, y por ese error sucumben miles de víctimas inocentes.

La resistencia de los españoles fué prodigiosa, especialmente por su inaudito tesón, y probó que en ellos es el valor natural tan grande como escaso, según su modo de portarse en campo raso, el valor adquirido, que es el que constituye el poder de los ejércitos regulados. Pero aún era más grande todavía el valor de los franceses, que siendo sólo quince mil acometieron á cuarenta mil enemigos atrincherados; porque sin tener el fanatismo y la ferocidad de aquéllos, sólo combatían por ese ideal de grandeza, del cual eran sus estandartes á la sazón glorioso emblema (1).

Tal fué la conclusión de esa segunda campaña de la península, empezada en Burgos, Espinosa y Tudela, terminada en Zaragoza é ilustrada con la presencia de Napoleón en España, la retirada presurosa de los ingleses y una nueva aunque aparente sumisión de los españoles al rey José. Las maniobras de Napoleón habían sido admirables, y lo mismo sus tropas; y sin embargo, aunque los resultados eran grandes, no igualaban á los que habíamos obtenido contra los ejércitos sabiamente organizados de Austria, Prusia y Rusia. No parecía sino que todo ese conjunto de ciencia, experiencia y arrojo se había estrellado contra la inexperiencia y la desorganización de los ejércitos españoles, al modo que suele á veces flaquear la destreza de un maestro de armas ante la torpeza de un hombre que en su vida ha manejado la espada. Huían los españoles en campo abierto arrojando sus fusiles, abandonando sus cañones y banderas, y no era posible hacerlos prisioneros; y había que domeñar sus vastas llanuras, sus agrias montañas, su clima devorador, su odio á los extranjeros, su afición á renovar á cada paso el placer de las aventuras, que tan sólo les costaba el trabajo de huir, cosa muy sencilla para su agilidad y desnudez, y además había que vencer de tiempo en tiempo terribles y obstinadas resistencias al abrigo de los muros, como la de Zaragoza. Cierto que el esfuerzo de Zaragoza era el postrero de esta especie que podía temerse de parte de los españoles, porque aunque infatigables, se los podía llegar á cansar; aunque

(1) Más gloria hubiera sido para los franceses cumplir fielmente la capitulación firmada, y no quebrantarla, como tenían de costumbre. El 21 entró el ejército de Lannes en Zaragoza; aquella misma noche la soldadesca saqueó y robó las casas de los vecinos; Palafox, que tenía derecho á ir adonde tuviese por conveniente sobre la palabra de honor empeñada por Lannes, fué llevado prisionero á Francia, donde padeció hasta el año 1811 en el castillo de Vincennes durísimo cautiverio; por último atropelló el vencedor las leyes de la guerra y los derechos de la humanidad prendiendo por sorpresa á los dos sacerdotes amigos de Palafox, su maestro el padre don Basilio Boggiero y Sas, y haciéndolos arrojar de noche al río asesinados á bayonetazos. Estos serían probablemente los dos frailes que dice Mr. Thiers dominaban al defensor de Zaragoza. (N. del T.)